

UN DÍA DE CUERNOS

Se acercaba el invierno, y en San Antonio de Obligado ya habían sonado a tempranas horas las bombas que anunciaban los festejos del 13 de junio: el día del santo patrono San Antonio de Padua. Hacía semanas que la comunidad esperaba el tan anunciado acontecimiento. Año tras año, el pequeño pueblo preparaba con devoción la tradicional fiesta. Por la mañana, la procesión con el Santo escoltado por los paisanos a caballos, y seguido por los devotos junto al cura párroco. Más tarde la misa, el asado, los juegos. Los festejos culminaban por la noche con un fogón criollo, en el que participaban los cantores de la localidad y también de otros puntos del norte santafesino.

Como todos los años, había una carrera de caballos, y el premio esta vez era un chivo donado por Naldi Forlín, un octogenario agricultor que tenía su granja a un kilómetro del poblado. Esa mañana, el encargado de cuidar al animal, Pepe, había entrado al corral para acariciarlo. A los pocos segundos dejó de prestarle atención porque se distrajo con unos corderos, les empezó a sacar fotos y a tomar videos. A lo lejos se escuchó la voz de Juancho, otro encargado, quién llamaba a Pepe. Este salió del corral rápidamente, pero estaba tan distraído que dejó la puerta abierta. El chivo se escapó y a carrera veloz llegó a la plaza del pueblo, donde aún no había mucha gente. Todo estaba tranquilo, salvo por unos caballos que pasaban a un costado, estos intentaron patearlo y terminaron poniéndolo nervioso. Consecuencia de eso empezó a atropellar los pocos puestitos de juguetes, ropa, joyería y demás que estaban colocados a un costado de la vereda. A lo lejos vio un gran movimiento de gente; se trataba de la procesión, que en lento caminar acompañada de cánticos y rezos, llevaban al santo a la Cruz Alta, un lugar en donde se hallaban los cuerpos de los indios asesinados a mano de los soldados por el 1885. El chivo se encaminó hacia los peregrinos.

Mientras tanto en la granja, Pepe volvió a buscar al animal para llevarlo al pueblo y no lo encontró. Se empezó a desesperar. De pronto llegó Juancho, y Pepe le explicó:

-Vo' sabé' que se me perdió el chivo, no sé cómo se escapó, si etaba to' cerraó.

- ¡Uhhhhh, noooooh!, ¿¡ y ahora qué hacemos'!?, si vo' era el único que etaba en el corral hace un rato, o sea que e' tu culpa.

-¡Qué sé yo de quién e' la culpa!, ¡pero se va el tiempo y tenemo' que buscar al chivo!

Comenzaron a buscarlo por todos lados. En ese momento no pensaron que podría estar ya en el pueblo, dado que el camino era un tanto largo. Pasaba el tiempo y se acercaba la hora de ir para

allá. Juntos intentaron buscar una solución, pensaron y se dieron cuenta que Fito, su perro, tenía como un aire a la cara de un chivo. Intercambiaron miradas cómplices. Pero Fito era completamente marrón y el chivo era blanco con manchas marrones. Se les ocurrió hacerle un disfraz colocándole una sábana blanca con machas marrones y pegarle dos chauchas en la cabeza a modo de cuernos. En sí esta solución no era muy convincente, pero de lejos sí tenía una similitud con esa especie. Su plan era hacer pasar al perro como chivo mientras seguían buscando al verdadero.

Mientras tanto en el pueblo el chivo llegó a donde estaba la multitud y atropelló a uno de los hombres que iba adelante de la camioneta que llevaba al santo. El vehículo frenó de golpe, uno de los cuidadores de San Antonio se cayó y por un milagro no se rompió la estatua. Con todo este alboroto, los caballos salieron corriendo y las personas se dispersaron para no ser atropelladas.

El chivo regresó a la plaza principal y vio que unas personas ingresaban al patio de la parroquia, donde horas más tarde se haría el tradicional almuerzo. El animal no se quedó atrás y comenzó a correr por ese patio atropellando lo que estaba a su paso, que eran sillas y mesas. La gente del pueblo se acercó para ver por qué había tanto desorden por todos lados. En ese preciso momento llegaron Pepe, Juancho y el perro disfrazado; se acercaron un poco al patio de la parroquia, pero no muy cerca de la multitud para que no los descubrieran. El supuesto chivo comenzó a ladrar, pero lograron callarlo pues no querían que supieran que los principales encargados de todos los desastres eran ellos ya que tendrían que pagar por todos los daños.

Nadie podía atrapar al animal, y si seguían moviéndose podría terminar escapándose nuevamente y causar más desastre, por lo que crearon un plan. Éste consistía en colocar una jaula atada a una soga la cual pasaba por la rama de un árbol, utilizarían al “chivo” como carnada, y una vez el verdadero estuviera debajo de la jaula, lo atraparían. El plan se llevó a cabo con éxito, pero Fito comenzó a ladrar...

Finalmente, la comunidad comenzó a reorganizar todos los desastres causados, levantaron las mesas, rearmaron los puestitos; ningún animal alocado les iba a arruinar los festejos patronales. Y así nomás, el sacerdote comenzó la misa, y las voces del coro se escucharon hasta las últimas cuerdas.

Por la tarde se realizó la carrera de caballos; los jinetes no prestaron atención al premio pero sí se percibía un ambiente competitivo para demostrar las proezas sobre la montura. Abundaban las

risas, chistes, y sapucais. El ganador de la carrera se hizo un asado con ese chivo rebelde. Pepe y Juancho pagaron por sus actos, aunque en realidad el culpable fue el primero, ambos estaban a cargo. Así fue como una acción llevó a otra, y la solución fue el trabajo en equipo.